

# Pasión por leer

VIERNES 2  
DE FEBRERO  
DE 2007

LECTURAS PARA COMPARTIR



**Tomas Eloy Martínez**

La relación de intimidad con el libro es una relación sensorial. La sensación que te da lo virtual, en cambio, es de algo que uno no puede poseer. Del mismo modo, también, deberán persistir los bibliotecarios, como últimos depositarios de un saber secreto, que en algún momento también tenían los libreros, pero que se ha perdido por la conversión de las librerías en grandes hipermercados y el hecho de que los libros se hayan transformado en mercancías.



H 0022639

Campaña Nacional de Lectura



## LA PIEDRA NEGRA

MARCELO BIRMAJER

Otra cosa que me pasaba de chico es que perdía todos los útiles de la cartuchera, y a veces la cartuchera también. Mis padres debían comprarme cada día un nuevo lápiz, una nueva goma o un nuevo compás (¿todavía siguen usando compás y transportador en la escuela?), y una cartuchera por semana. Yo creo que existen ciertas personas cuya atención sólo puede ser atrapada por algunos hechos muy llamativos, y no les queda atención para ninguna otra cosa. Es el día de hoy que sigo perdiéndolo todo: los lentes de sol, el control remoto del televisor, una ojota, los papeles donde anoto las direcciones en los viajes. Por eso, me paso buena parte de la vida buscando. Es curioso, porque por un lado debo buscar objetos -llaves, la agenda, una tarjeta-, pero también busco historias para contar, busco sabiduría en las historias de otros escritores, y busco la verdad. ¿Qué es la verdad? Bueno, cómo debe vivir uno para sentirse completo, qué es el bien y qué es el mal, qué es el alma... En fin. Del mismo modo que no busco una sola cosa material: buscando el control remoto encuentro las llaves, buscando la agenda encuentro la lapicera, etcétera; tampoco busco una sola cosa cuando busco las demás: en busca de una historia puedo encontrar un consejo, o en la persona más inesperada puedo encontrar una buena historia. La actitud del buscador siempre debe ser un poco distraída: no sea cosa que por buscar con demasiada atención una sola cosa se pierdan muchas otras.

No sé si mis reflexiones les están resultando lo suficientemente claras; de modo que, por las dudas, como siempre, contaré una historia. No necesariamente porque mi historia vaya a dejar del todo claro el asunto de los buscadores, sino porque, si no queda del todo claro, al menos habrán disfrutado de un cuento.

Cierta mañana de enero me hallaba caminando con mi padre por las playas de Miramar. Yo debía tener doce años. Como mi piel nunca se ha llevado bien con el sol, acostumbraba pasear por la playa a horas muy tempranas: siete y

media u ocho de la mañana, para poder disfrutar del mar y el cielo a pleno sin convertirme en un piel roja. El mar en las primeras horas del día es un espectáculo distinto: las aguas son plateadas, y la espuma es más blanca. El cielo es de un celeste discreto, como si estuviera apareciendo por primera vez. La brisa marina es fría, pero es un frío hospitalario. Mi padre caminaba silencioso, con las manos entrecruzadas tras la cintura; y yo zigzagueaba entre los restos de las olas y la arena húmeda. De pronto, mi padre se detuvo y vi que su mirada se clavaba en un punto de la arena húmeda. Incliné apenas la espalda y recogió algo del suelo. Me lo mostró.

Era una piedra negra. Una piedra ovalada como un camafeo, reluciente y lisa. Era tan negra que parecía la matriz del color negro, el modelo del que se había partido para luego ir distribuyendo los matices del negro por el resto de los objetos.

Mi padre me mostró la piedra.

-Tal vez no haya ninguna piedra como ésta en todo el mundo -dijo-. Está aquí tirada, y a nadie le interesa. Pero tal vez sea la piedra más negra del mundo, y tal vez no haya ninguna otra piedra igual. En ese caso, valdría más que el oro.

Yo extendí la mano para que depositara allí la piedra negra; pero mi padre, con una agilidad que pocas veces le he visto, llevó su brazo y su mano hacia atrás y lanzó la piedra más allá de las olas, al centro del mar.

Desde entonces, busco la piedra negra. Cuando buscaba los útiles, cuando busco el control remoto, cuando busco una buena historia o cuando busco la verdad, busco la piedra negra. ¿Y qué significa la piedra negra? Lo sabré si alguna vez la encuentro.

© 2005, Marcelo Birmajer  
En **EL COMPAÑERO DESCONOCIDO**  
(DIEZ RECUERDOS INVENTADOS)  
De Editorial Alfaguara

## ÚLTIMO PISO

DE PABLO DE SANTIS

El hombre, cansado, sube al ascensor. Es una vieja jaula de hierro. El ascensorista viste un uniforme rojo. Aunque lo ha cuidado tanto como ha podido, se notan los remiendos, la tela gastada, el brillo perdido de los botones.

-Último piso -indica el pasajero. El ascensorista se había adelantado a sus palabras, y ya había hecho arrancar el ascensor.

-¿Cómo andan las cosas allá afuera? ¿Llueve? -pregunta el ascensorista.

El pasajero mira su impermeable, como si ya no le perteneciera del todo.

-Sí, llovió en algún momento del día.

-Extraño la lluvia.

-¿Hace mucho que trabaja aquí?

-Desde siempre.

-¿No es un trabajo aburrido?

-No tanto. Hablo con los pasajeros. Me cuentan sus vidas.

Es como si viviera un poco yo también.

-El viaje es corto. No hay tiempo para hablar mucho.

-Con una frase, o una palabra, a veces basta. Otros se quedan callados, y también eso es suficiente para mí.

Los dos hombres guardan silencio por algunos segundos. Apenas se oye el zumbido del ascensor.

-Déjeme un recuerdo, si no es una impertinencia.

El hombre busca en los bolsillos. Encuentra un reloj al que se le ha roto la correa de cuero.

-Gracias. Lo conservaré, aunque no miro nunca la hora.

El pasajero siente alivio por haberse sacado el reloj de encima.

-Estamos por llegar -dice el ascensorista-. Ah, le aviso, el timbre no funciona. Verá una puerta grande, de bronce. Golpee hasta que le abran. No se desanime si tiene que esperar. Siempre terminan por abrir.

El ascensor deja atrás las últimas nubes y se detiene.

© Pablo De Santis.  
En **LOS SIGNOS**, de Editorial La Página S.A.  
Publicado por Página 12.

## 31 AÑOS MARCELO COHEN

Al salir del hospital sintió que la primavera le sacudía el cuerpo con una tropa de aromas para obligarlo a levantar la cabeza y mirar su despliegue. Era deslumbrante, sí, y arbitrario: jacarandas cuajados de azul claro balanceaban las ramas en una ingravidez general, relucían los parabrisas de los coches, el polen y los vestidos y la brisa que deshacía peinados unían sus vigos, una tibia alianza sinérgica ponía la realidad a levitar, no, a rotar sobre un eje variable, de modo que cada vuelta era un poco distinta a la anterior y nada, nada podía perverse, ni la hora del próximo café ni el rumbo del pensamiento. Como eso era justamente lo que Enzatti quería, perder el hilo, se dejó cercar por el aire. Así envuelto, más frío por dentro que indiferente, se alejó del hospital muy despacio convencido de que, como el rastro plateado de una babosa, dejaba un trazo de visiones desunidas: el frasco invertido del plasma, apósitos en la mesa auxiliar, el pedal de la camilla, relleno asomado por un tajo del tapizado de la camilla, las venas hinchadas en la nariz del padre, el ceño furiosamente arrugado, alguien con una hipodérmica. Era improbable que el padre de Enzatti recobrara la conciencia; lo habían operado después de la caída y, aunque una parte del cerebro estaba estropeada, los médicos se habían obstinado en salvarlo y ahora respiraba, con los párpados entornados, no siempre constante, más allá de la espera y el dolor. Entonces Enzatti dejaba atrás el hospital cargado de una rencorosa levedad. No por la primavera, no por algo cíclico. Madre muerta varios años atrás, ahora padre en el limbo, en la nada: Enzatti caminaba suelto, como supurado por el mundo, sin origen ni explicación. Nada de haber perdido un vínculo real: no había habido presagios, despedidas, no había habido recapitulaciones. Apenas una caída de viejo, un golpe. Enzatti en el mundo como una presencia inmotivada. No hijo de padre y madre sino una emanación de la vida, una exudación, algo que, más que morir, al final terminaría evaporándose. Eso pensaba, sin espanto. Por el momento. Eran las once menos diez, y a las doce tenía que ver al fabricante de juguetes Malamud. Cruzó la calle. Se detuvo en la otra acera. "Ese bar", dijo entre dientes. Y entró. En el espacio alargado, la gente no tenía más remedio que aglomerarse entre el mostrador y un tabique con espejos: agotados parientes de prostáticos, padres flamantes, enfermeras y proctólogos hermanados, entre el olor a mostaza y el humo de la máquina de café, por la eternidad de un intervalo. Al final del mostrador, ante el escurrerplatos de aluminio había un taburete vacío. Acomodándose, Enzatti pidió vino. Vino blanco frío, y se lo sirvieron no en vaso sino en copa. Un hombre que parecía huraño, o arrogante, lo desmintió dirigiéndole una sonrisa. Había bajado el diario y dado un paso hacia él, y lo miraba como si supiera que Enzatti había perdido los lazos con su origen. En ese momento de intimidad enervante Enzatti bajó la vista, aunque enseguida volvió a levantarla. Súbitamente el hombre dijo que lo disculpase, pero que lo estaba observando porque, si bien no era tanto más viejo que él, al verlo le había parecido verse a sí mismo en otro tiempo. Se rieron los dos. Enzatti lo convidó con una copa de vino. Entonces el hombre dijo que no bebía alcohol, y después del silencio hizo la pregunta: "¿Sabe por qué no bebo?". "No", dijo Enzatti. "Entonces, mire", dijo el hombre, "se lo voy a contar. Se lo cuento: una vez, hace años, yo tenía que ir al hospital a ver a mi hermano, que había chocado con la moto. A mí me hervía la cabeza por adentro, de la rabia, porque le había advertido que alguna vez se iba a hacer puré, pero no quería desaprovechar la visita en reproches. Sabía que mi hermano

estaba grave, así que lo que más me importaba era conversar, por más que él fuera a curarse, aprovechar ese momento decisivo para explicarle que yo le tenía un gran cariño y, dentro de lo posible, aclararle cuestiones importantes de nuestra relación, y también hacerle ciertas preguntas. Para que entienda lo fundamental que era para mí esa conversación, y en el fondo para los dos, le explico que mi hermano y yo estábamos muy unidos pero nunca, nunca habíamos dialogado. Por eso yo no quería desperdiciar la visita en reproches, sobre todo con un hombre que tenía el cuerpo hecho bosta. Así que, como yo era muy temperamental, para calmarme entré a un bar a tomar un vaso de vino. Tomé dos vasos de vino, bien pancho, digamos, debo de haber tardado unos tres cuartos de hora en meditar y tomar el vino. Y cuando llegué al hospital, me dijeron que hacía siete minutos que mi hermano se había muerto. Exactamente siete minutos", insistió el hombre. Enzatti se dio cuenta de que no iba a poder mirarlo con franqueza. Este tipo es un boludo, pensó. ¿Qué viene a contarme?, y ni siquiera por piedad o educación logró sonreír. Lo que hizo, entonces, fue sorber un poquito de vino, tenerlo un rato bajo la lengua antes de tragar, y mientras tragaba levantar la copa. Era una copa bombeada, el frío del vino la había empañado, y entre las gotas que se escurrían hasta la base, se dio cuenta Enzatti, sobre el vidrio convexo se acumulaban sin disputas las partes de ese mundo suspendido, el bar y zonas de la calle. En la copa había enormes dedos de enfermeras culminando brazos manguantes y al final diminutos, una pequeña caja registradora, un remoto ventanal, distintas cabezas que en su diversidad minúscula parecían inmóviles, y las campanas de vidrio con sándwiches y el ventilador del techo arriba en retirada, y el suelo abajo en retirada, y la frente de Enzatti en retirada dejando el primer plano a la monstruosa chatura de la nariz, tan alejada de los ojos, todo definido y dispuesto en un fresco nimbo verdeamarillo: la realidad acabada. Del otro lado de la copa, no excluido pero aceptado a gatas, aleatorio, el hombre del hermano muerto parecía exigir un comentario a su historia. "A mí", dijo Enzatti, "no me espera nadie. Yo ya fui al hospital, vengo de ahí. Yo puedo tomar todo el vino que quiera." Pero no bajó la copa como quien ha dicho algo concluyente. En la copa se ordenaban partes del mundo que la primavera había puesto a girar.

En **EL FIN DE LO MISMO**  
© Marcelo Cohen,  
Editorial La Página S.A.  
Publicado por Página 12.



# Infantiles

## Bellos cabellos

Adela Basch

Personajes

Miguel

Laura

### ESCENA UNO

La escena transcurre en la peluquería. Hay un reloj que marca las once. Entra Laura, mujer de cabellos largos, y la recibe amablemente Miguel, el peluquero.

**Miguel:** Adelante, tome asiento aquí, por favor.

**Laura:** (Se sienta.) Gracias. Mire, me gustaría cortarme un poco. Creo que mi pelo está demasiado largo y sin forma, y tengo ganas de cambiar de aspecto. Quisiera un corte nuevo, con algo de original y algo de sugerente.

**Miguel:** ¿Con algo de mi gerente? Pero, señora, mi gerente es pelado. ¿Qué quiere, que la rape?

**Laura:** Pero no, quiero un corte novedoso, con una caída así (hace un gesto con las manos), como suave.

**Miguel:** ¿Cómo mi ave? ¿Con una caída como mi ave? Señora, yo tengo un canario, pero no se anda cayendo, vuela muy bien.

**Laura:** Mire, yo lo que quiero es un buen corte de pelo. Y que me dé un aspecto más juvenil, más seductor, mimoso.

**Miguel:** ¿Su mozo?

**Laura:** No, mimoso. Mi-mo-so.

**Miguel:** Eso, su mozo. Señora, sepa que yo no soy su mozo. En todo caso, soy su peluquero.

**Laura:** (Suspira hondo.) Quiero un nuevo corte de pelo. ¿Qué me propone?

**Miguel:** (Pensativo.) Hum, veamos. Eso hay que estudiarlo. (Le pone las manos sobre la cabeza,

le toma los cabellos, se los levanta y los deja caer de a poco.) Hum, ¿cortar? No sé. Espere un momento. (Inclina la cabeza sobre la de Laura y apoya una oreja sobre su pelo.)

**Laura:** ¡Eh! ¿Qué hace?

**Miguel:** Me estoy concentrando en su cabello, para escuchar lo que necesita. Acá trabajamos así. Son las últimas tendencias internacionales en el cuidado de cabello. Antes se trabajaba de cualquier manera. Pero ahora los peluqueros verdaderamente responsables escuchamos al pelo para saber que es lo que pide. (Levanta la cabeza.) Y lo que este cabello necesita, señora, no es un corte, sino una leve intensificación de color.

**Laura:** ¿Ahora? ¿Le parece?

**Miguel:** Sí, sí, le va a encantar.

**Laura:** Bueno, no sé, ¿usted cree...?

**Miguel:** Se lo aseguro. Señora, relájese y deje su cabeza en mis manos. (Laura cierra los ojos y Miguel empieza a trabajar.)

### ESCENA DOS

El mismo lugar que la escena anterior, pero el reloj marca las tres. Laura está roncando. Tiene la cabeza cubierta con una toalla. Miguel está al lado, de pie.

**Miguel:** (Palmea las manos.) Linda siestita, ¿no?

**Laura:** (Despertando.) ¡Ya son las tres! Tengo que irme.

**Miguel:** ¡Llegó el gran momento! Mire. (Le retira la toalla de la cabeza.)

**Laura:** (Se mira en el espejo horrorizada.) ¿Qué es esto?

**Miguel:** Una hermosa tonalidad amarrojul.

**Laura:** ¿Amarrojul?

**Miguel:** Sí, una combinación de amarillo, rojo y azul. El último grito de la moda.

**Laura:** Aquí la que va a gritar soy yo si usted no me saca este color

rinche de la cabeza. ¡Pero qué locura!

**Miguel:** ¿Qué lo cura? A esto no lo cura nada. No es una enfermedad, es un hermoso colorido.

**Laura:** Mire, si en cinco minutos su hermoso colorido no se ha ido, usted me las va a pagar.

**Miguel:** Disculpe, acá la que va a pagar es usted. Me tiene que pagar la tintura.

**Laura:** ¡Pero qué caradura! Si no me saca estos colores de mamarracho no le pienso pagar.

**Miguel:** Bueno, en un abrir y cerrar de ojos se lo podría dejar todo rojo.

**Laura:** ¡De ninguna manera! Y lo que se va a cerrar es esta peluquería si usted no me saca esta barbaridad de la cabeza.

**Miguel:** Entonces, se lo podría dejar zulmarillo, una deliciosa mezcla de amarillo y azul.

**Laura:** ¡Ni loca! ¿Qué se cree? ¿Qué soy la bandera de Boca?

**Miguel:** Bueno, señora, decídase. No puedo estar con usted todo el día. ¿Qué color quiere? ¿Violeta, verde, turquesa?

**Laura:** ¿Turquesa? ¡Me va a estallar la cabeza! ¡Quiero que me devuelva ahora mismo el color que tenía cuando vine!

**Miguel:** Eso es imposible. Aquí usamos tinturas de muy buena calidad, son excelentes y muy persistentes.

**Laura:** ¡Voy a llamar a mi abogado! ¡Esto va a terminar en sumario!

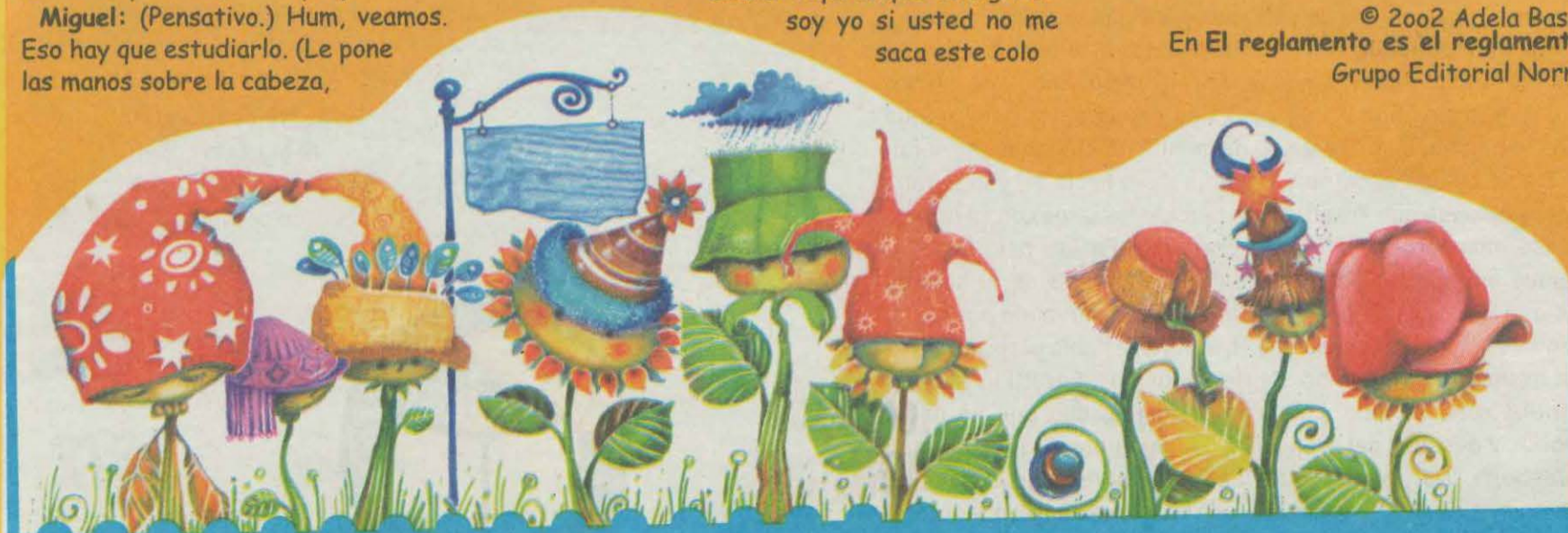
**Miguel:** ¿En mi Mario? Yo no tengo ningún Mario.

**Laura:** (Furiosa, se levanta y mientras abre la puerta grita.) ¡Le voy a hacer juicio! ¡Voy a llevar esto a la corte!

**Miguel:** ¡Qué corte ni qué corte! Ya le dije que su cabello no pedía corte... Y encima, se va sin pagar.

### TELÓN

© 2002 Adela Basch  
En El reglamento es el reglamento.  
Grupo Editorial Norma



Ilustraciones Paula de la Cruz \* Compiladora: Margarita Eggers Lan